

Unreclamo bárbaro

UNA CARTA, CLAUDIO BERTONI
CUARTO PROPIO, SANTIAGO.



La idea de encuadrar, enfocar un pensamiento condenado es lo primero que puedo advertir en *Una carta*, de Claudio Bertoni. Poemas que no sueltan la autobiografía como principal sustento de sus significaciones.

Es como si los versos nos dijeran majaderamente que no son sólo un fenómeno de escritura, sino que están ligados a una vida, a un dolor. Así, afianzando una y otra vez esa ilusión testimonial, vivencial, se desarrolla una escritura que expone un amor desaprovechado por una mujer que abandona y desperdicia al hombre que la ama... y odia.

Inversión, por tanto, casi total de los viejos códigos del canto cortesano, mutado ahora en relato desmitificador de la otrora grandiosa damisela. El cuerpo de quien habla, el hombre, adopta así el lugar de lo desperdiciado, aquel excedente o sobrante que cuenta con el privilegio de la denuncia de la más maldita de las malditas.

Una carta dialoga con un receptor femenino configurado a partir de continuas negatividades. El amor es una cruz y ella, la amada, está cegada y es indolente respecto al amor de este hombre que muestra sin pudor su victimización: "Tu no te imaginas" reitera Bertoni en oposición a un "yo debo actuar por fuera: ver la estrategia. Olvidarme de las tripas". El dolor es un hecho y deviene

de una actuación racional, pensada y programada como tal, que ella ha premeditado: "Debo concentrarme en los desplazamientos y en lo que veo desde ahí... Tú no dejas otra salida". De esta forma, la escritura permite el artificio de una posición privilegiada, la parcela mínima que le permite subsistir propagando a los cuatro vientos su dolor y resentimiento hacia ella. Este hablante no muestra defectos, los oculta, encubre, eufemiza; se tiene mucha, muchísima pena. Pero con ella es implacable. Sin embargo, más allá de las apariencias testimoniales de este tango de fin de milenio, la escritura adquiere el protagonismo de ser la única experiencia vinculante: "He escrito todas estas líneas separado de ti: Ahora —mientras escribo esto— no estoy separado de ti". La estética de Bertoni no establece diferencia alguna entre literatura (escribir poesía) e historia de todos los días, conformando una suerte de diálogo entre el ya clásico abandono "romántico" y el registro cotidiano, prosaico, postmoderno, de las múltiples soledades que suelen acumularse en el transcurso de la vida.

En lo que sí Bertoni establece distinciones es en la perfilación de un sujeto-mujer confrontado a sí mismo. Ella es la pendeja, la ciega, la mala, la que no tiene perdón de Dios, porque "ninguna mujer lo tiene". Tras estas pinceladas él se atreve a señalar. "Y me vengo de ti... Me protejo. Vivo. Y no dejo que me mates. Que te comas mi vida". Opción por el sencillísimo confesional en torno a la frustración ¿del poeta? El libro adopta revolucionariamente la actitud de "me importa un comino" que lo políticamente correcto sea el respeto por la condición femenina. Creo que es éste el punto donde radica la mayor originalidad de su escritura. Desligado de ciertas convenciones culturales, simplemente se lanza en picada contra quien lo hirió. Es un reclamo bárbaro. Y listo. La escritura cumple así una función desintoxicante, pone en vitrina un ir hacia ella y luego retroceder, utilizando un fraseo breve, interrogantes continuas, reiteraciones que enlazan enunciados y determinan un ritmo, a pesar de la melancolía reinante, acelerado. Es una carta amorosa y odiosa. Un posible acertijo, porque se queja y luego implora o se pone soberbio y luego arrastrado o, parece que la ama, pero después la aborrece. "Sé lo que me pasa en la misma medida que sé lo que no me pasa" dice el poeta-relator. El conocimiento de su condición no implica, en todo caso, el acceso a la verdad o al definitivo. Es decir, "sé lo que me salva", pero no por ello sé lo que me condena. Negación total al placer de saber la solución, el cómo transitar hacia otra cosa. *Una carta* consolida una estructura de poderes irreconciliables. Sus palabras, como las de un condenado a no morir, señalan en una especie de gran corolario: "A pesar de todo esto digo, vivir aquí no es una breva pelada. Y yo lo resisto en cama". *Patricia Espinosa*